

la oración ferviente y recogida hasta hallarle. ¡Oh! Si así lo hubieses hecho, no hubieras lamentado tantas veces tu pertinaz sequedad y falta de devoción, ni hubieras estado tanto tiempo separado de su divina Majestad. Contempla á María regresando á Jerusalén, buscando por calles y plazas, preguntando á conocidos y á desconocidos, y nadie le sabe dar razón de su Hijo. Sólo cuando entra en el templo, lo encuentra en medio de los doctores; su alma se inunda de gozo; sus ojos se arrasan en lágrimas, y abriendo sus labios, no para quejarse, ni para interrogar curiosamente, ni mucho menos para reprender al que, siendo su Hijo, era también su Dios, dice: «Hijo, ¿cómo lo hiciste así con nosotros? Tu padre y yo con dolor te buscábamos». Palabras breves, pero de significación altísima. ¿Cómo buscas á Jesús? ¿Practicas las virtudes necesarias para hallarle? ¿Con qué agradecimiento recibes la gracia de la devoción, y con qué esmero la conservas? ¿Sigues en todo esto los ejemplos de tu divina Madre? Sal ya de una vez para siempre de ese abandono y apatía en que has vivido, y con ardientes deseos, eficaces resoluciones y vivas súplicas busca á Jesús, y lo hallarás, y se gozará tu corazón, porque con Él hallará su vida.

23.—BODAS DE CANÁ.—INTERCESIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Viendo María el apuro de los esposos de Caná por la falta del vino, pidió á su Hijo que la remediase; y aunque Jesús le contestó que no había llegado su hora, no perdió la confianza, y obtuvo lo que pedía.

PRELUDIO 2.º Representate á María diciendo á Jesús con acento compasivo: «No tienen vino».

PRELUDIO 3.º Pide confianza en Dios y en el patrocinio de María.

Punto 1.º *Solicitud de María en remediar la falta del vino.*—Fué María convidada con su Hijo y algunos de sus discípulos á unas bodas en Caná de Galilea; y como en ellas faltase el vino, dijo la Virgen Santísima á su Hijo: «No tienen vino». En lo cual debes ponderar especialmente la compasión y solicitud de la Santísima Virgen; pues, en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecía; y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el amor y agradecimiento que tenía á los que la convidaron. Lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque, como dice san Agustín¹: «Cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos». ¡Cuánta confianza ha de inspirarte esta bellí-

¹ Joan., III; S. Thom.

sima condición de María, la cual así se compadece de sus devotos y se interesa por su bien! Pondera también la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: «No tienen vino»; como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para hacerlo. Á su imitación, has de ejercitar tú este modo de obrar, representando al Señor tus necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignación, fiándote de su misericordia, que te dará el remedio cuando más te convenga. Y así, en lugar de la palabra que dijo la Virgen puedes poner otras, diciendo: «Padre mío, no tengo humildad, paciencia», etc. ¡Oh Virgen gloriosa! Mirad la falta que tengo del vino de la caridad y de la fervorosa devoción; y, pues tanta compasión tuvisteis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual; y si pedisteis remedio para aquella, pedidle también para esta otra, diciendo para mí á vuestro Hijo: «Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor de Dios; dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor».

Punto 2.º *Contestación de Jesús á su Madre.*—Considera cómo Jesucristo, á la demanda de su Madre, contestó diciendo¹: «Mujer², ¿qué nos va á Mí y á ti? Aún no es llegada mi hora». Con cuya respuesta quiso descubrir, por una parte, que era más que hombre, y que también era Dios, cuyo era propio hacer la obra milagrosa que se le pedía, siguiendo sus trazas, y en el tiempo y hora que, en cuanto Dios, tenía señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos humanos. Por otra parte, quiso enseñarte cuán descarnado estaba de todo amor carnal á parientes; pues, aunque amaba tanto á su Madre, y con mayor amor que á los ángeles, no se lee que nunca la llamase madre, y varias veces quiso manifestar que su amor á Ella no era aquel que se funda en la carne y sangre, sino en la gracia divina que María había recibido con más abundancia que todas las otras criaturas. Pondera en particular las virtudes excelentísimas que ejercitó aquí la Virgen Santísima; á saber: grandísima paciencia, profunda humildad y sólida confianza; puesto que al oír aquella respuesta, al parecer desairada, no se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y, lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída. Cuyo ejemplo ha de animarte á tener paciencia y á no perder la confianza, cuando Dios no oyere tus peticiones ó difiriera el oírte, ó cuando los hombres te dieren respuestas desabridas, acordándote de lo que dice el profeta Isaías³: «En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza»; porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos. ¿Obramos según esta doctrina? ¿Imitamos la hu-

¹ Joan., II, 4. — ² Vide infra, pág. 164. — ³ Isai., xxx, 15.

mildad, paciencia y confianza de María? ¡Oh Virgen sapientísima! Al ver el modo admirable cómo obráis en esta ocasión, me lleno de rubor y vergüenza, porque me veo totalmente alejado del camino que Vos seguís. Vos sufrís con paciencia lo que parece un desvío, y yo me indigno; Vos os humilláis profundamente, y yo me lleno de soberbia cuando pienso que no se hace caso de mí; Vos no perdéis la confianza, y yo al momento caigo de ánimo y abandono la oración: haced que os imite en esta santa práctica, y alcance por ella lo que pretendo.

Punto 3.º *Comportamiento de María, al oír la respuesta de su Hijo.*— Oyendo María la respuesta de Jesús, dijo á los que servían á la mesa¹: «Haced cuanto os dijere mi Hijo». En este soberano consejo se descubre primeramente la heroica confianza de la Virgen; porque cuando su Hijo la dijera expresamente: Yo haré lo que me pedís, no pudiera Ella decir otra cosa de la que dijo. Vese también la grande luz que tenía para conocer el Corazón de Jesús y sus intentos; porque, puesto caso que pudiera remediar aquella necesidad, criando nuevo vino ó multiplicando lo poco que había, sin decir nada á los ministros que servían á la mesa, con todo esto, entendió la Virgen que su Hijo les había de mandar algo; porque la condición de Dios es que los hombres hagamos algo de nuestra parte para el remedio de nuestras necesidades, disponiéndonos con esta obediencia y diligencia para alcanzarlo. Pondera cómo con este consejo la Virgen tácitamente te avisa que, para alcanzar de Dios lo que pides, no hay medio más eficaz que con la confianza juntar la obediencia á cuanto te manda; porque, como dice David²: «Dios cumple la voluntad de los que le temen». Y san Juan dijo³: «Si nuestro corazón no nos reprendiere, confianza tenemos en Dios de alcanzar cuanto le pidiéremos», porque guardamos los mandamientos y hacemos las cosas que le agradan; y Cristo nuestro Señor dijo á los Apóstoles⁴: «Si mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisiereis pediréis, y se os dará». Finalmente: mira el amor que la Virgen tenía al silencio y brevedad de las palabras, pues así las que dijo á su Hijo como las que dijo á los ministros fueron breves, muy medidas y ponderadas. Y en particular éstas has de estampar en tu corazón, como dichas por tal Madre y Maestra, procurando cumplir cuanto te dijere Cristo nuestro Señor, sin dejar cosa alguna, aunque sea dificultosa y aunque parezca fuera de propósito ó sea muy menuda, ora te lo diga por sí mismo con secretas inspiraciones, ora por medio de tus superiores. ¡Oh Virgen soberana, Maestra de todas las virtudes! Enseñadme á practicar las que aquí ejercitasteis, para que por ellas agrade á vuestro Hijo y sea digno de alcanzar lo que pretendo. ¡Oh alma fiel! Ten presentes las palabras de tu Ma-

¹ Joan., II, 5. — ² Psalm. CXLIV, 19. — ³ I Joan., III, 21. — ⁴ Joan., XV, 7.

dre María, haciendo siempre lo que te manda Jesús. ¿Lo has verificado de este modo hasta ahora?

Epílogo y coloquios. ¡Dichosos los esposos de Caná de Galilea! A sus bodas se dignaron asistir Jesucristo y la Virgen Santísima, y tuvieron la suerte que en ellas el Señor hiciera el primer milagro público y se descubriese la solicitud, bondad y poder de María. Mas, ¡oh vanidad de las cosas mundanas!; en mitad de la comida los ministros andan turbados, hablándose con sobresalto unos á otros; temen la afrenta que va á venir sobre los esposos, en medio de su contento. María lo ve, y movida de su compasión maternal, y confiada en el poder y bondad de su Hijo, le dice: «No tienen vino», segura que bastará recordarle la necesidad para que se resuelva á socorrerla. No importa que el Señor, para manifestar su divinidad y el desprendimiento que tenía de carne y sangre, le dé una respuesta al parecer desabrida; María no se turbará por ella, ni se quejará, ni se dará por resentida, y, lo que es más, no disminuirá un solo punto su confianza; y, teniendo toda la seguridad en la benevolencia y caridad de su Hijo, se contentará con decir á los criados: «Haced cuanto os diga mi Hijo». ¡Oh palabras prudentísimas y discretísimas, y camino seguro para alcanzar de Jesús toda suerte de bienes! Éstas debieras tú grabar en tu corazón. Imagínate que á ti mismo las dice María: «Haz cuanto te diga mi Hijo». ¿Qué contestas tú á ellas? ¿Cómo cumples este encargo? ¡Ah! Si María te dijese lo contrario: «No hagas nada de lo que diga mi Hijo», quizá no habrías de cambiar tu vida para obrar de este modo. Pues, ¿cuándo te resolverás á hacer caso del consejo ó precepto de tu Madre? ¿Cuándo acabarás de dominar esa voluntad propia, tan opuesta á la voluntad de Dios? Reflexiona ahora con atención lo que quisieras haber hecho en la hora de la muerte, y, mientras tienes tiempo, forma propósitos particulares y prácticos, y dirige á Jesús y á María fervorosas súplicas para ti y para todos tus prójimos, en especial los más necesitados y los que tienes en particular encargados.

24.—DOLORES DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Los dolores de María en la Pasión de su Hijo fueron proporcionados al amor que le tenía y á su conocimiento, y por lo mismo fueron acerbísimos.

PRELUDIO 2.º Representate á María con Jesús difunto en sus brazos.

PRELUDIO 3.º Pide conocimiento y compasión de los dolores de la Virgen.

Punto 1.º *Amor de María á Jesús por ser su primogénito y por la excelencia que en Él veía.*—Considera cómo la primera raíz del dolor que padeció María en la Pasión de su Hijo, fué el amor que le tenía, porque á la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada y el dolor de los males que

padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Virgen por muchos títulos. Porque, primeramente, Jesús era su Hijo natural, á quien amaba con amor más tierno y puro que todos los padres y madres del mundo amaron á sus hijos; por cuanto Ella sola fué madre sin padre, y en Ella se recogía el amor de padre y madre; y como la concepción de este Hijo fué singular, por obra del Espíritu Santo, que es amor, así el amor fué singular, y por consiguiente fué singular el dolor que padeció en su muerte, de modo que pudo decir: «Oh vosotros los que pasáis por el camino; mirad y ved si hay dolor que iguale al mío». Con esto se juntaba que este Hijo era primogénito² y único, cuya vida suele ser más amada y su muerte más sentida; y así, para encarecer la Escritura el llanto en alguna cosa, le llama llanto por muerte del unigénito³. Pues, ¿cómo lloraría la Virgen la muerte de este su unigénito, que juntamente era unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor? Demás de esto, creció más el amor de la Virgen á su Hijo por la gran semejanza que tenían los dos, y la semejanza, como dice el Sabio⁴, es causa de amor; y así los padres suelen amar mucho más al hijo que más se les parece. Pues, como la Virgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexión y condición, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno penetraba también el corazón del otro. Por fin, un nuevo título de amarle era la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad⁵, cuando está bien ordenada, ama más á los mejores que están más cercanos á Dios; y si con esto se junta que están más cercanos á nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfección. ¡Oh Madre dolorosa! Vos sola y el Dios que os crió podríais decirnos las avenidas de dolor que inundaron vuestro Corazón en la Pasión de vuestro Hijo. Veis espirar al Hijo de vuestras entrañas; perdéis al Hijo unigénito, contempláis entre horribles torturas al más santo, perfecto y hermoso de los hijos. ¿Quién podrá medir vuestro dolor? Por él os suplico me concedáis la gracia de imitaros en la pena, y de no tener jamás parte en la culpa de los que os la causan. Y tú, alma fiel, ¿te compadesces de esta Madre afligida?

Punto 2.º *Amor de María á Jesús por ser su Dios y bienhechor infinito.*—Considera otros títulos eficaces que tuvo María para amar intensamente á Jesús y para sentir vehementísimamente sus dolores. Ella le reconocía por infinito bienhechor suyo, de quien había recibido innumerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de haberla escogido por Madre. Y, como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bien

¹ Thren., 1, 12. — ² Jerem., vi, 26. — ³ Amos, viii, 10; Zach., xii, 10.

⁴ Eccli., xiii, 19; S. Thom. — ⁵ S. Thom.

hechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues, ¿qué pena recibiría la Virgen, viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes? Además, este Hijo suyo era también Hijo de Dios vivo, y Dios infinito, y dignísimo de ser amado con infinito amor por su infinita bondad y hermosura; y como la Virgen con grande luz conocía esta infinita excelencia de su Hijo, amábale con todo su corazón, alma, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podía ofrecerle; y á esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazón, con toda su alma, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecía ser honrado y amado. Finalmente: el Espíritu Santo había derramado en su corazón la caridad de Dios, uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo que fuese un espíritu con Dios y con su Hijo, de donde procedía tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo, mucho más que si fueran suyos, porque le amaba más que á sí misma. Y, como con la fuerza de este amor salía de sí, y estaba traspasada y puesta en el Corazón del Hijo, lo que padecía Él, padecía Ella, sintiendo en sí lo que miraba sentir el Hijo; y así podía decir mucho mejor que san Pablo: «Con Cristo estoy enclavada en la cruz; vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí, y yo vivo en Cristo». Y nosotros, ¿podemos decir lo mismo? ¿Sentimos las penas de Jesús y María? ¡Oh Virgen sacratísima! El amor encendido que profesáis á vuestro Hijo es el verdugo que os aflige, y os quitara la vida, si Dios milagrosamente no os la conservara para otros trabajos. Dadme una chispa siquiera de ese amor, para que mi alma quede transformada en la imagen de Jesús crucificado, sintiendo lo que Él sintió, llorando por lo que Él lloró, y detestando los pecados por los que padeció.

Punto 3.º *Conocimiento que tenía María de las penas de Jesús.*—Otra raíz de los dolores que padeció la Virgen en la Pasión de su Hijo fué el conocimiento claro y la viva aprensión que tenía de los trabajos del Señor y de todas las circunstancias que los acompañaban. Sabía Ella que los tormentos eran los más acerbos que un hombre puede sufrir; que el cuerpo de su Hijo era tan sensible y delicado, que no ha habido otro semejante. Veía la rabia de los atormentadores y de los demonios que la atizaban, con deseo de hacer perder la paciencia al Señor. Contemplaba á la Justicia divina mirando con aversión al pecado que cargaba sobre el Divino Hijo. Ella había leído con mucha detención y luz las divinas Escrituras que los contaban, y penetrándolos con celestial claridad, y hallándose presente á ellos, no solamente ponderaba lo que padecía por de fuera, sino penetraba lo de dentro, y de todo formaba representación tan viva, que se transformaba

¹ Gal., ii, 19.

en la imagen de lo que el Hijo padecía. Este fué el cuchillo de dos filos, aguzado con conocimiento y amor, que traspasó, como dijo Simeón¹, no el cuerpo, sino el alma de esta Virgen purísima. Y de esta manera también bebió el cáliz de la Pasión que Jesús ofreció á los hijos del Zebedeo, y fué bautizada con el bautismo de penas, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se pudo decir de Ella²: «Grande es como el mar tu contrición y la amargura de tu aflicción». ¡Oh Virgen soberana! Bien podéis decir en esta ocasión³: No me llaméis Noemí, que quiere decir hermosa; sino llamadme Mará, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso. Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el día de su encarnación, y grandes aflicciones os ha dado el día de su Pasión. Y pues también las aflicciones son favores, suplicadle nuestro conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció y gracia para imitarle en ello. ¿No nos inspiran compasión las penas de nuestra Madre? ¿Seguiremos dando nuevos motivos á su dolor con nuestros pecados?

Epílogo y coloquios. ¡Oh dolores de María! ¡Cuán acerbos sois! Si el termómetro para medir la intensidad de un dolor, producido por la vista de una persona que padece, es el amor que á la misma se profesa y el conocimiento que de tales penas se tiene, ¿cuál y cuán grande sería el dolor de María en la Pasión de su Hijo, siendo su amor encendidísimo y el conocimiento de sus penas clarísimo? María amaba á Jesús como á su Hijo primogénito y unigénito, y en su Corazón se había acumulado el amor de padre y madre, y el Espíritu Santo, que había sido el principio activo de la generación de Jesús, había hecho del Corazón de María un corazón de madre la más amante. Amábale por la perfectísima semejanza que consigo tenía en su compleción, inclinación, virtud y hermosura. Amábale por lo sublime de su santidad y perfección; por ser Hijo de Dios vivo al mismo tiempo que lo era suyo; por ser su más insigne bienhechor, á quien se reconocía deudora de inmensas gracias. Pues este volcán de amor, ¿qué avenidas de dolor produciría en aquel Corazón amante, que con la mayor claridad y viveza conocía lo acerbo de los dolores, y lo cruel de las penas que sufría su Amado? ¡Oh! Sí, grande, inmenso, amargo, impenetrable es como el mar su dolor. ¿Es posible que los hombres no lo agradezcan? ¿Es posible que tengan la osadía de agravarlo con nuevos pecados, causa de los tormentos de Jesús? ¿Qué has hecho tú? ¿No te remuerde la conciencia? ¿No tiene motivo para quejarse de ti la Virgen? Reflexiónalo con atención y trata de reparar tamaña ingratitud, por medio de resoluciones firmes y prácticas, oraciones fervientes y confiadas, rogando por ti y por todas las necesidades.

¹ Luc., II, 35. — ² Thren., II, 13. — ³ Ruth., I, 20.

25.—MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Estaba María con otras mujeres y san Juan junto á la cruz de Jesús, el cual, viéndola, dijo, señalando á Juan: «He ahí á tu hijo».

PRELUDIO 2.º Representate este paso tan tierno, como si lo vieras con tus ojos.

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento al favor que te dispensó Jesús y amor á María.

Punto 1.º *María, con otras devotas mujeres, estaban junto á la cruz del Señor.*—Considera cómo se acercaron á la cruz del Señor las personas que más se señalaron en amarle; porque no hay mayor señal de amar á Cristo, que seguirle hasta la cruz, compadeciéndose de sus dolores é ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca te llegares, y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras darás de este amor. como las dieron las cuatro personas que nombra el Evangelista, que son: su Madre, María Cleofé, María Magdalena y el discípulo amado. Entre las cuales la capitana y guía fué la Virgen sacratísima, por cuyo respeto fueron las demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero Ella, como más firme en la fe y más encendida en el amor, pospuesto todo peligro humano, y atropellando por todas las dificultades é ignominias que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente á la Pasión de su Hijo, y se puso en pie cerca de la cruz, con grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fué permitido; pero, con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y allí quedó espiritualmente crucificada con Él, por la grandeza del amor y del dolor. De suerte, que tres clavos la tenían allí crucificada: la viva aprensión de lo que el Hijo padecía; el entrañable amor que le tenía, no sólo como á Hijo, sino como á su Dios y bienhechor infinito, por lo cual todos sus trabajos tomaba por propios; y la compasión de que tal persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánimo un dolor tan grande, que bastó para martirio, como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desenchajados de modo que se podían contar, y los suyos se estremecían de dolor. Y á este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente; pero de un modo terrible. ¡Oh Virgen de las vírgenes! ¡Con cuánta razón podemos llamaros hoy mártir de los mártires! Pues como á todas las vírgenes excedéis en la flor de la virginidad, así en el fruto á todos los mártires excedéis del martirio. Mártir sois por los deseos fervorosos de padecer los tormentos de vuestro Hijo; y mártir, por los terribísimos dolores que con su vista padecisteis. ¡Oh quién pudiera acompaña-